



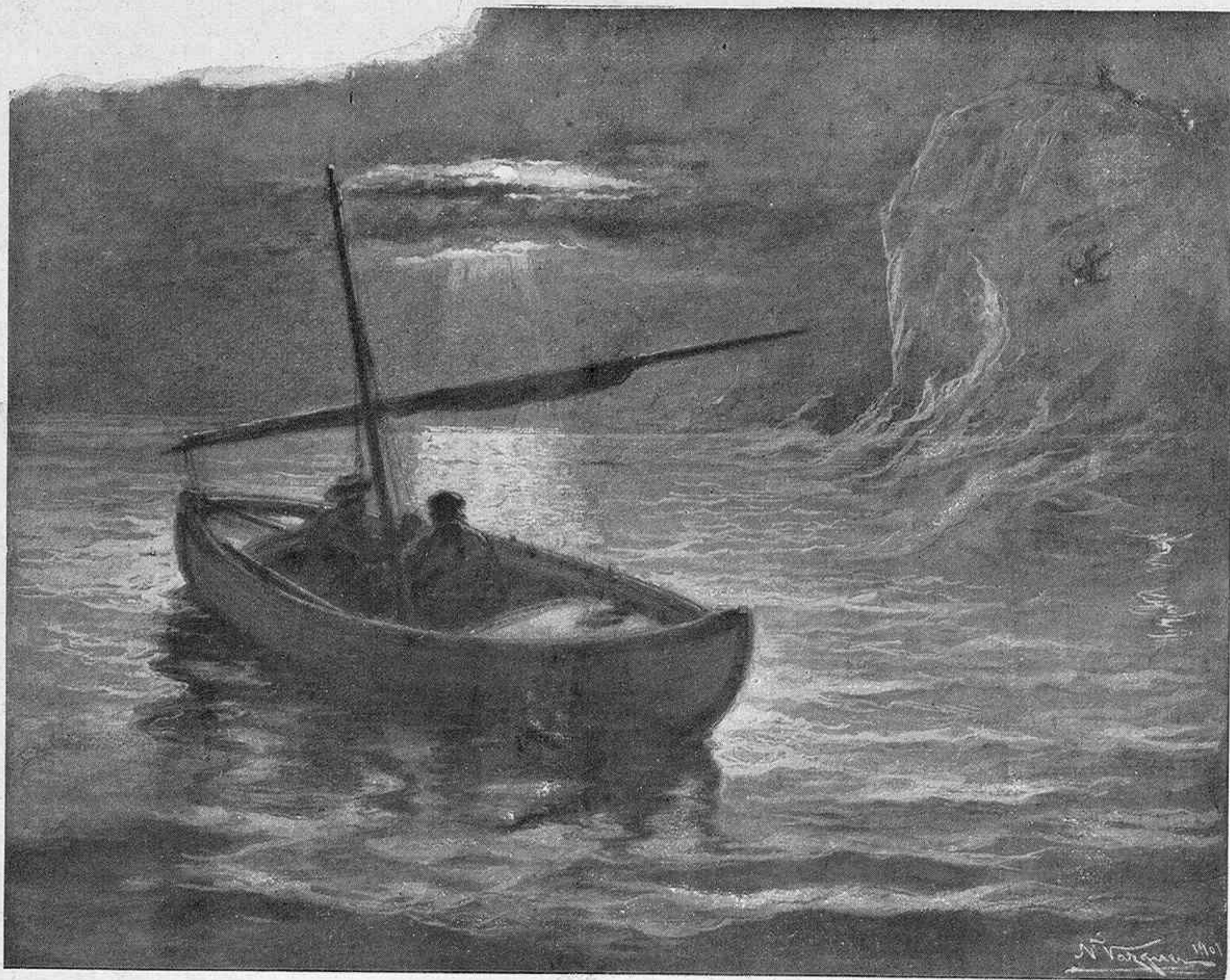
NÚM. 64

(c) Ministerio de Cultura 2006



LA ENSENADA NEGRA

(LEYENDA GUIPUZCOANA)



He aquí en qué circunstancias me la refirió Pello Joshepe, el decano, por edad, saber y gobierno, de los marineros de Zuria, delicioso rincón de mi tierra, la bendita Guipúzcoa.

Volvía yo de un encantador paseo por el mar en el bote de Pello Joshepe y en compañía de éste, el cual, á instancias mías, y en vista de mis aficiones marítimas, me había abandonado timón y escota, y había pasado á proa para vigilar el rumbo, mientras fumaba tranquilamente en su pipa de barro, negruzca y corta.

El sol había desaparecido hacía ya algún tiempo tras el horizonte del mar, y sus últimos reflejos, que se proyectaban en nubes de escarlata, coincidían con los primeros y vacilantes resplandores del faro de Punta Beltza.

Estaba la mar tan hermosa, henchía la vela tan buena brisa, y me hallaba yo tan á gusto que, en vez de dirigirme directamente al puerto, que tenía á babor, viré de rumbo y puse proa á Punta Beltza.

—¿Ganas de más paseo ya tiene usted, pues?—me preguntó Pello, en su pintoresco castellano, al observar la maniobra.

—¿Acaso tienes tú prisa por volver á casa?—pregunté yo á mi vez, sonriendo.

—Prisa... anocheser ya ha hecho y... hasia mala parte vamos...

—¿Cómo que hacia mala parte?

—Usted nuevo en Suria te estás y usted conoser no tendrá hecho *ensenada negra* y...

—Mira, Pello, háblame en vascuence, que ya sabes que lo entiendo, puesto que soy tan guipuzcoano como tú, y en cambio no te entiendo una palabra de lo que estás diciendo en castellano.

Y el bueno de Pello Joshepe me manifestó en vascuence que á una reducida ensenada, que formaba el mar al pie del acantilado donde se alzaba el faro, la llamaban desde hacía muchos años—desde tiempos del abuelo de Pello, cuando menos—la ensenada negra, porque de ella salió, y en ella volvió á sepultarse, *alguien* que no quería nombrar, en ocasión al *algo* que no quería decir, pues como yo era de San Sebastián me reiría de los del pueblo.

—Señoritos donostiarras reir hasen de pobres mariñeros y...—añadió en castellano.

A esto le repuse que estaba en un error, que yo no me reía de nada, así sin más ni más, y mucho menos de un marino tan excelente y respetable como él, y, picada ya mi curiosidad, le rogué é inste tanto que por fin se avino en referirme lo de la ensenada negra—la cual á la vista no era más negra que cualquier otro rincón del Cantábrico, que no es negro precisamente—pero me obligó á que pusiera proa al puerto, lo cual hice;

pero, á los pocos momentos, arrié la vela para escuchar la narración, mecido por las olas y á la luz de la luna, que se había encaramado por las montañas que se divisaban hacia tierra.

He aquí ahora la narración tal como se la oí á Pello Joshepe, aunque traducida del vascuence de la mejor manera que he podido:

«En aquellos tiempos no estaba el faro de Punta Beltza, pero en el mismo lugar en que hoy se alza, había un caserío habitado por un matrimonio muy viejecito que tenía una hija de veinte años y un hijo de veinticinco. La *echeco-andre* (el ama de la casa) se llamaba Ignacia, el *guizon* (el hombre) Ramón, la *neska*, (la muchacha) Angelacho y el *motill* (el mozo) Joshe Mari. Ignacia y Ramón eran dos ancianos excelentes que á pesar de sus años trabajaban en la heredad; Angelacho era tan buena y hacendosa como sus padres, y á sus muchas virtudes unía belleza extraordinaria. Era rubia, con ojos azules; pero hay muchas rubias con ojos azules que no tienen nada de bonitas. No, la belleza de Angelacho no puede describirse como cualquier otra. Baste decir que era excepcional, hasta el punto de que los mozos de todos los pueblos comarcanos cantaban los siguientes versos de un zortzico compuesto en honor de Angelacho por no se sabe quién:

*Aiñ asko eta ondo,
zutzax det aditzen,
ze ñax ikusi gabe
zai tutesa gutzen. (*)*

(*) Tan bien y tanto
escucho de ti hablar,
que, sin haberte visto,
conózcote en verdad.

Desgraciadamente no parece sino que en toda familia, por santa que sea, ha de haber un Judas, y el Judas era aquí el *motill* Joshe Mari, tan arrogante de figura como avieso de condición. Desde pequeño mostró sus perversos instintos y en vano fueron consejos, súplicas y amenazas, tanto por parte de sus atribulados padres como por la del señor cura, del señor alcalde y demás personas respetables de Zuria, que se compadecían en extremo de las congojas que aquel mal hijo hacía pasar á sus buenísimos padres y hasta á su angelical hermana, pues también ésta era víctima de las maldades de Joshe Mari.

—Le tiene cogido el demonio, —decían algunos zurianos, y no les faltaba razón.

Por fin llegaron las cosas á tal extremo, que un día Joshe Mari pegó á su madre, por negarle un dinero que no tenía, y enterado el padre, con energía tan digna como terrible, maldijo al malvado. Este miró á su padre en tono de desafío y salió de la casa. No se le volvió á ver más.

Transcurrió un año. Los pobres viejos sufrían su dolor en silencio y resignados. Angelacho seguía creciendo en bondades y belleza.

Una noche, noche memorable en aquella costa por los estragos que causara el desencadenado mar, los del caserío oyeron voces pidiendo auxilio, al pie del acantilado.

Ramón, sin tener en cuenta ni su edad ni el huracán, bajó sin vacilar por las empinadas rocas. Al llegar junto al mar se estrellaba un bote en la ensenada, y Ramón, con un supremo esfuerzo, pudo asir un cuerpo que iba á correr la misma suerte.

Poco tiempo después descansaba el naufrago en el caserío, rodeado de los más solícitos cuidados. A la mañana siguiente se tranquilizaron los elementos, pero la ensenada conservó un extraño color negro.

El naufrago era un apuesto doncel que, con dulcísimo acento, refirió una doliente historia. Permaneció en el caserío en espera de poder marchar,

según dijo, á continuar su carrera, pero á los pocos días Angelacho era la única que sabía por qué no se apresuraba á marchar el joven.

Y el virgen corazón de la muchacha experimentó las primeras palpitations del amor. Y Angelacho, como todo en ella era hermoso, amó, desde luego, con toda su alma, franca sinceramente.

Una noche estaban sentados al borde del acantilado los dos amantes. El, que hasta entonces había respetado el pudor de la joven, la enlazó repentinamente entre sus brazos. Ella se estremeció, pero no hizo ningún movimiento para rechazarle. Entonces los ojos de él se iluminaron con expresión de triunfo, y en sus labios apareció una irónica sonrisa, pero de pronto los azules ojos de Angelacho se alzaron hacia su amante, y la joven, haciendo un esfuerzo sobrenatural, se desprendió de los brazos que la retenían, y exclamó dando un grito horrible:

—¡Jesús! ¡Joshe Mari!

A su grito salieron del caserío Ramón é Ignacia, á tiempo de oír una blasfemia horrenda y el ruido de un cuerpo al caer en la ensenada. Al día siguiente las aguas de aquel lugar ofrecían un color más negro aún que el que conservaban desde la noche de la tempestad.»

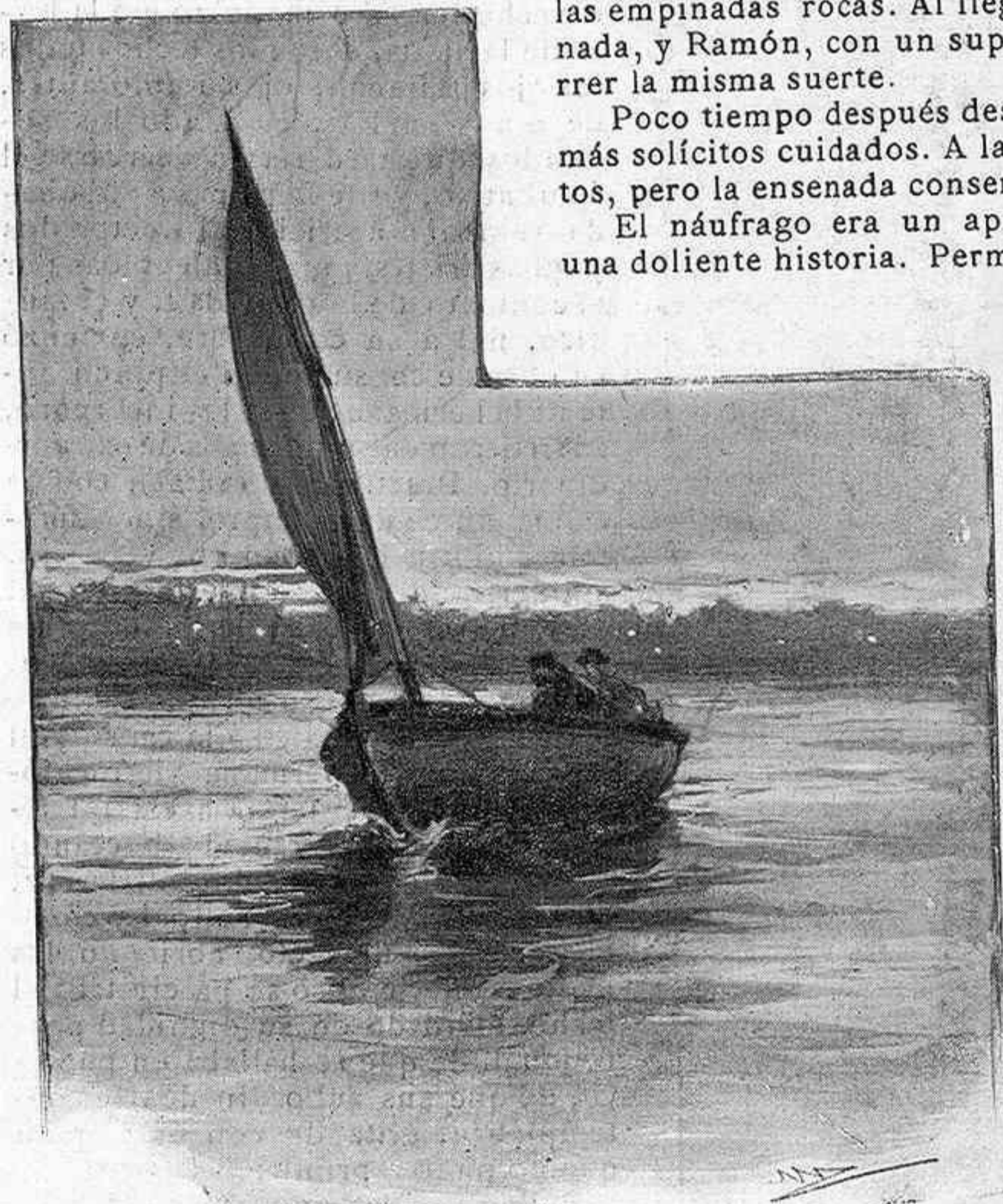
—Y ya está dicho todo — dijo Pello como para eludir toda clase de comentarios.

—Sin embargo, — dije yo, — no dudo de la leyenda, pero ¿por qué llaman á ese lugar la ensenada negra, cuando ya no lo es, y por qué sigue infundiendo temor?

—Porque... ¿quiere usted ir pues solo?... nadie conosido no ha estao, pero yo dejarle bote haré.

Miré á Pello que no bromeaba, miré hacia la ensenada y... dije á mi narrador que cogiera los remos, pues había caído el viento, y me depositara en el muelle.

Luis DE TERÁN



DOS BESOS SUPREMOS

Y dice usted que mi nombre la produjo gran impresión?

—Sí, señor. Cuando la hermana Inés, que fué la que la acostó, estaba metiéndola en la cama, ayudada por la mandadera de servicio, cualquiera de las dos hubo de nombrarle á usted y la enferma, que se dejaba zarrandar sin conciencia de lo que la sucedía, abrió los ojos con terror, murmurando: «es el médico de la sala!» No hubo modo de arrancarla una palabra más.

El misterio que trascendía de aquella exclamación, brotada de las rimas de la fiebre en el alta de un enfermo, dejó al médico un instante pensativo. Se trataba de una mujer joven. El hombre se impuso al facultativo, y durante un segundo repasó rápidamente en su memoria el libro de sus pasiones. Nada le dijo y preguntó por preguntar:

—¿Qué cama ocupa?

—El 5.

Sin explicárselo él mismo, tuvo un impulso repentino, el de dirigirse en derechura á tal cama, pero era la hora de la visita, desde los lechos todos los ojos miraban, ojos implorantes, de muda súplica, contando los segundos que tardaría en acercarse el facultativo, ya de la primera almohada venían á acariciar al doctor dos pupilas tristes, aunque alegradas por el contento de la prioridad, y el médico, fiel á su costumbre, comenzó su obra de consuelo. Ni el practicante ni la hermana que se les incorporó, advirtieron en su jefe nada de extraordinario. Practicó su exámen con la calma dulce de siempre, sin economizar ni una palabra ni una sonrisa, sin dejar de verter en el ánimo del doliente la gota de paz de todos los días, olvidado del misterio del 5, hasta que le llegó su turno.

Acercóse el médico á la cama, y el practicante y la hermana vieron atónitos cómo la enferma hacía intención de incorporarse, balbuceando con sus labios secos, ahogada la voz, el rostro cadavérico: ¡Felipe! y cómo el doctor estupefacto, abriendo las manos con asombro se precipitaba al lecho, olvidado de su dignidad profesional, de que se hallaba en público, de que sus subordinados le contemplaban, gritando con un ímpetu que no pudo reprimir:

—¿Pero es usted? ¿usted?

El golpe fué tan rudo para la pobre mujer, que cayó á lo largo de la cama sin sentido. El médico se despertó en el acto en aquel hombre abrumado por el peso de la sorpresa y se abalanzó al pulso de la enferma, dictando á la vez sus órdenes á la hermana y al practicante para que la



por la actitud nobilísima de aquella niña, tenaz defensora de su honra en una época, cuya finalidad consiste en no tenerla, si para tenerla es preciso sacrificarse.

Admirado y conmovido el callejero tenorio siguió con la vista á la joven, que á los pocos pasos entró en un angosto portal.

El caballero pareció reflexionar; de pronto, resuelto, como obedeciendo á secreto impulso corrió tras la muchacha. En aquel momento Gloria, temblorosa y afligida, llegaba á la puerta de su casa, y una venerable y simpática anciana cuyo rostro, terso aún, conservaba una vaga remembranza con el de Gloria, la recibió en sus brazos preguntándole con afanosa ternura:

—¡Gloria, hija mía! ¿qué tienes?

—Abuelita, cierre usted la puerta,— respondió Gloria.

—Un instante señora,— exclamó entonces el caballero perseguidor, y con ademán lleno de respeto interrogó:

—¿Es usted la madre de esta señorita á quien tengo el honor de hablar?

—Su abuela, caballero,— contestó la anciana con gesto de sorpresa.

—¿Puede usted señora concederme un momento de atención?

—¡Pase usted, señor!

Y la anciana con gesto de ingénita dignidad invitó al desconocido á seguirla, precediéndolo hasta llegar á una humilde y limpiísima habitación, cuyo mueblaje consistía en un sofá y cuatro sillas de enea, una buena máquina de coser frente al balcón, cuyos cristales estaban velados por blancos visillos y un sillón antiquísimo forrado de gutapercha, asiento habitual de la anciana como lo indicaba la calceta que se veía encima, una sillita baja á cuyo lado observábase un cesto de ropa blanca, y en las paredes simplemente encaladas, los retratos en gran tamaño, de un capitán de artillería, cuyo severo rostro parecía guardar la soledad de las dos mujeres y de una joven en el apogeo de su hermosura, pudiendo verse en sus facciones todos los rasgos de la de Gloria. Pendía del techo la jaula dorada de un canario, cuyos trinos alegraban la estancia, y sobre una mesita de caoba colocada á un lado veíase un jarro de loza ahito de frescas y lujuriantes rosas que perfumaban el aire de aquella salita, ante cuyo dintel detúvose el caballero con respeto aspirando con fruición aquel ambiente, en el que parecía revolotear un algo invisible, que le subyugaba y vencía con irresistible encanto.

Sentóse la anciana en su vetusto sillón y Gloria confusa, temerosa, y un tanto maravillada, no quiso abandonar á su abuela. El desconocido, después de un breve momento de estática contemplación, dedicada á los retratos cuyas mudas efigies parecían evocar lejanos recuerdos en su mente, exclamó con acento velado por mal contenida emoción:

—Señora, comprendo la sorpresa que mi presencia la ocasiona, ruego á usted y á esta señorita me perdonen. Soy el conde de Montefrío. Mi descortés insistencia en seguir á su nieta, hechizado por su belleza, me ha obcecado hasta la locura y la he insultado con frases de las que me avergüenzo... ¡Perdón por mi audacia grosera! Debí adivinar que ofendía á la hija de mi amigo y compañero de armas; Bertrán... ¡pobre amigo mío! Esta señorita ha heredado la hermosura de su madre, y la noble y altiva mirada de su padre...

—¡Conocía usted á mi padre!—interrumpió Gloria vivamente.

—¡Si le conocía! Hicimos juntos toda una campaña y la sangre de nuestras heridas se ha mezclado más de una vez. Concluída la guerra, el azar nos separó y desterrado yo por cuestiones políticas, obligado á ocultarme durante largo tiempo, no volví á saber de Bertrán hasta hoy que...



Interrumpióse el conde agobiado por un pesar inmenso, y después...

—Sepa usted, señora,—dijo dirigiéndose á la anciana,—que su angelical nieta ha resistido heroicamente el asedio terrible de un hombre de mundo que no creía ya en la virtud de las mujeres y serena y humilde, sin vanos alardes, ni frases me ha vencido...

La anciana volvió su venerable cabeza, y contemplando á Gloria sonrojada y palpitante, cogió aquella rubia cabeza y depositó con ternura infinita un beso sobre su casta frente, murmurando:

—¡Pobre Gloria mía, bendita seas!

Luego, dirigiéndose al conde con trémula voz:

—Señor conde, mi nieta no ha hecho más que cumplir con su deber y como el honrado nombre de su padre la obligaba. Mi pobrecita Gloria no tiene hoy más amparo que el respeto que inspire su virtud y los débiles brazos de su abuela que sólo sirven para estrecharla temblorosamente sobre mi viejo pecho, ¿verdad hija mía?

—¡Abuelita de mi alma!

Abuela y nieta se abrazaron tiernamente, mientras que el conde, húmedos los ojos, retorciase el crespito bigote con enérgico ademán que disimulaba su emoción.

—Permítame usted, señora, reparar la ofensa hecha á esta señorita ofreciéndole mi mano de esposo...

—Señor conde,—interrumpió vivamente la encantadora niña, levantando su cabeza orlada de áureos rizos y fijando en él sus ojos azules, grandes y soñadores,—no debo ocultar á usted que su conducta pasada me ofendió cruelmente, porque daba ocasión á que mis compañeras de hoy me insultasen con presunciones denigrantes para mi honra...

—¡Oh, señorita, perdón!...

—Su conducta de hoy,—continuó graciosamente Gloria,—desvanece aquella impresión, y le perdono con toda mi alma...

—¡Gloria!...—murmuró el conde.

—Pero á mi vez, señor conde, le ruego me perdone si no acepto la honra que quiere otorgarme.

El conde de Montefrío se estremeció dolorosamente é iba á decir algo que Gloria interrumpió con vivacidad y con firme acento.

—Si yo, señor conde, aceptara su mano, acaso pudiera usted imaginar que la defensa de mi recato fuera hábil comedia para llegar á tal extremo. Eso nunca. Prefiero trabajar, protegida por el recuerdo de mi padre que fué un noble y valiente soldado, y al amparo de estos cabellos blancos de mi abuelita que infunden respeto... ¿verdad abuelita que piensas como yo?

La pobre anciana enternecida, hizo señas afirmativas mientras abrazaba estrechamente á su nieta. Tal vez no aprobaba del todo el proceder de Gloria, rechazando al conde que noblemente reparaba su ofensa, pero confiando tal vez vencer más adelante aquella resistencia y sugestionada ahora por las vibrantes frases de Gloria, comprendiendo el digno y nativo orgullo de su nieta, confirmó al conde su decisión.

Era tan nobilísima, tan seductoramente altiva y tan fuera de lo vulgar la actitud de Gloria, que el conde de Montefrío comprendiendo toda su grandeza aunque le doliera aquella exquisita corrección de sentimientos, noble y de elevado espíritu, acalló sus deseos, no sin que le costara un soberano esfuerzo de voluntad.

Hombre de violentas pasiones ya en el cenit de su segunda juventud, hastiado de mujeres fáciles, tanto más fáciles cuanto más elevadas, la conquista de aquella niña de azules y soñadores ojos horas antes, le pareció digna de ocupar su atención algunos días, ahora sus deseos hijos de su temperamento de irresistible don Juan, se mezclaron y confundieron con otros que no acertaba á definir pero que sentía su fuerza en el corazón y en el cerebro, fuerza bienhechora que inundaba sus sentidos con una sensación inexplicable de exquisita frescura, de inenarrable admiración.

Todo el andamiaje de sus ilusiones levantado á escape por sus deseos indomables, se venía al suelo ante la negativa de Gloria tanto más ambicionada cuanto más imposible. El soñaba ya con aquella hechicera criatura llenando su opulento palacio con la poesía de su juventud y la magia de su hermosura y allá en las reconditeces de su exaltada mente surgía luminosa su vida al lado de aquella hada de ojos de cielo y de cabellos de oro que tenía allí tan cerca de sus manos, y sin embargo, tan distante de su corazón...

—Señora,—exclamó el conde de pronto, dirigiéndose á la anciana,—ejemplar castigo de mi falta incalificable para con su nieta, es la respuesta que da á mis pretensiones. Orgullo necio fué el ambicionar la conquista del cielo sin merecimientos. La virtud y el honor se hospedan en esta pobre casa, mejor que en mi palacio. La lección es ruda, pero la aprovecharé. Acepten usted y Gloria el homenaje más sincero y profundo de mi respeto y de mi admiración. Y usted, señorita,—añadió el conde con voz ligeramente velada por íntima emoción recta de titánica lucha apenas vencida,—permítame esperar que mi conducta en lo sucesivo...

—No todas las batallas se pierden, señor conde,—interrumpió Gloria.

Saludó el conde á la anciana y á la niña, como si á reinas saludara, y con paso vacilante abandonó la casa á donde quiso llevar el deshonor y la vergüenza, y de la que salía redimido y humillado, maldiciendo su juventud ociosa y su vejez que alegaba sin el respeto que inspiraba la cabeza blanquísima de aquella anciana.

Al día siguiente, gentil y airosa subía Gloria la calle amplísima, en dirección al obrador. El sol iluminándola con sus rayos de finísimo polvo de oro, parecía orlar su cabecita rubia con un nimbo de luz esplendente, que irradiaba también de sus ojos azules, soñadores y expresivos como su nombre.

ENRIQUE BAYONA

PASATIEMPOS

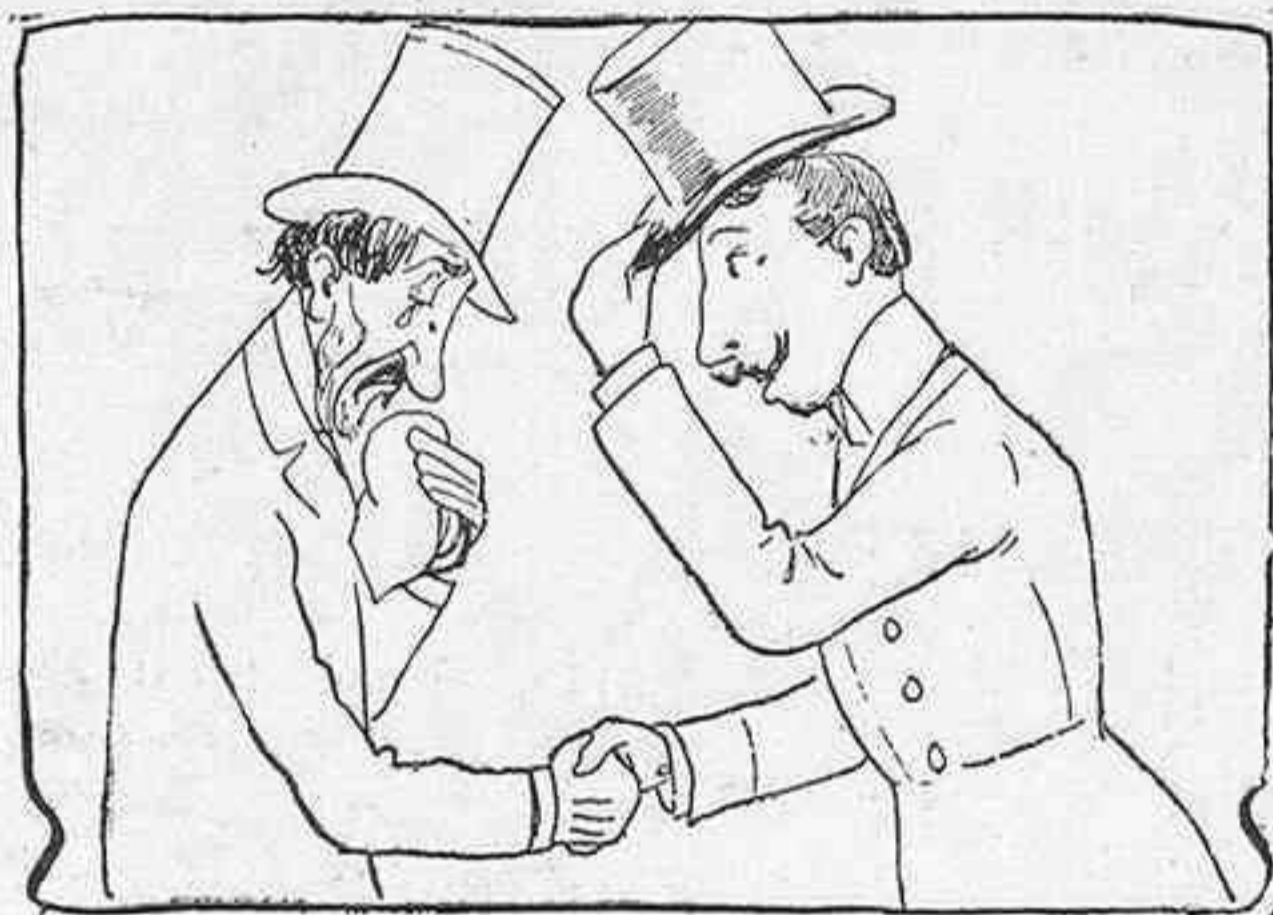
CHARADA

Tú sabes que te compré
la segunda con tercera,
titulada del primera,
que si bien no te pagué
al contado, sabes fué

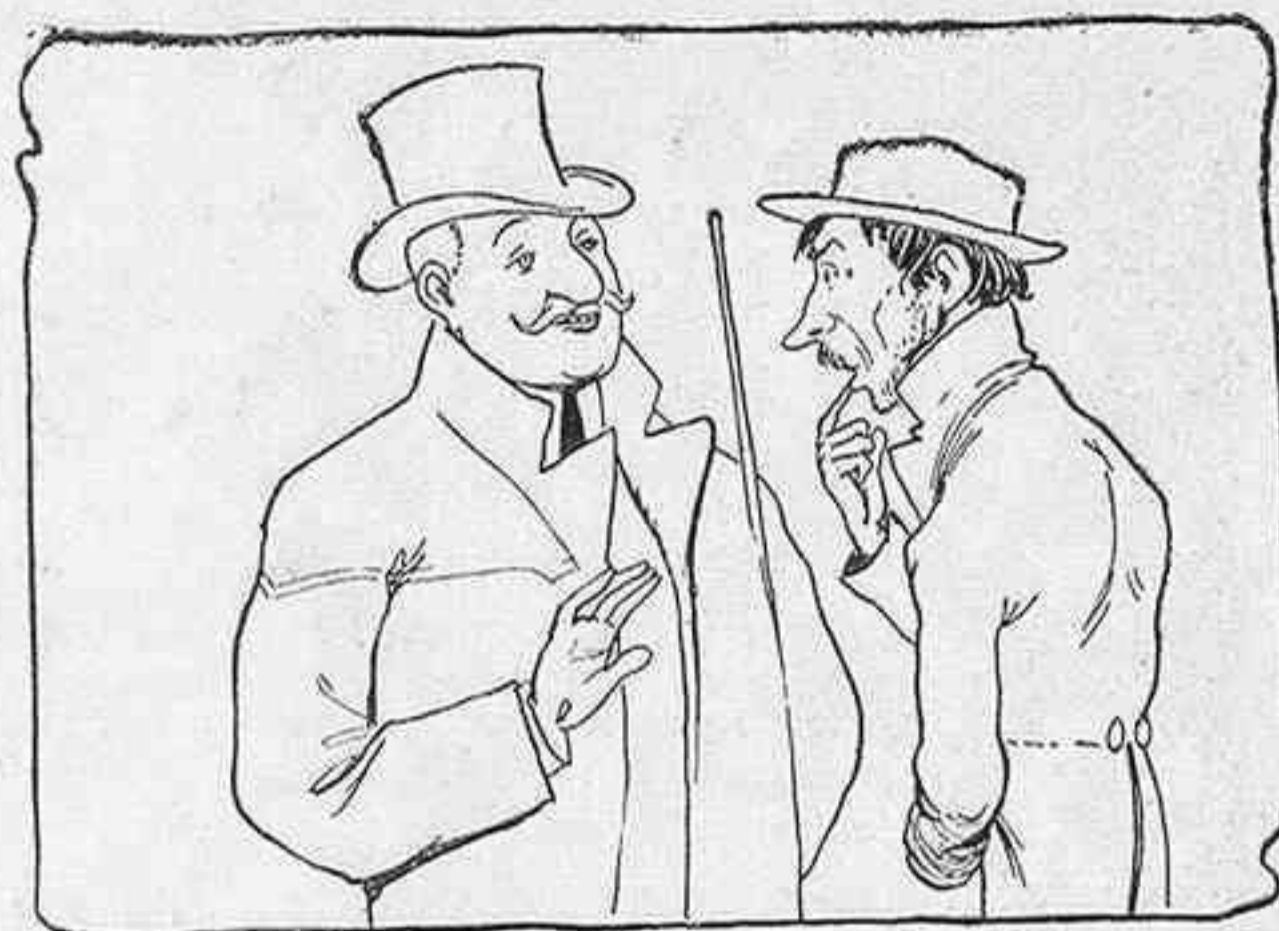
por nuestro mútuo acomodo;
hoy le pongo un nombre godo
por la mujer que idolatro...
y la dos tres la dos cuatro,
porque aquello ya está todo.

J. J. GUTIÉRREZ RAMOS.

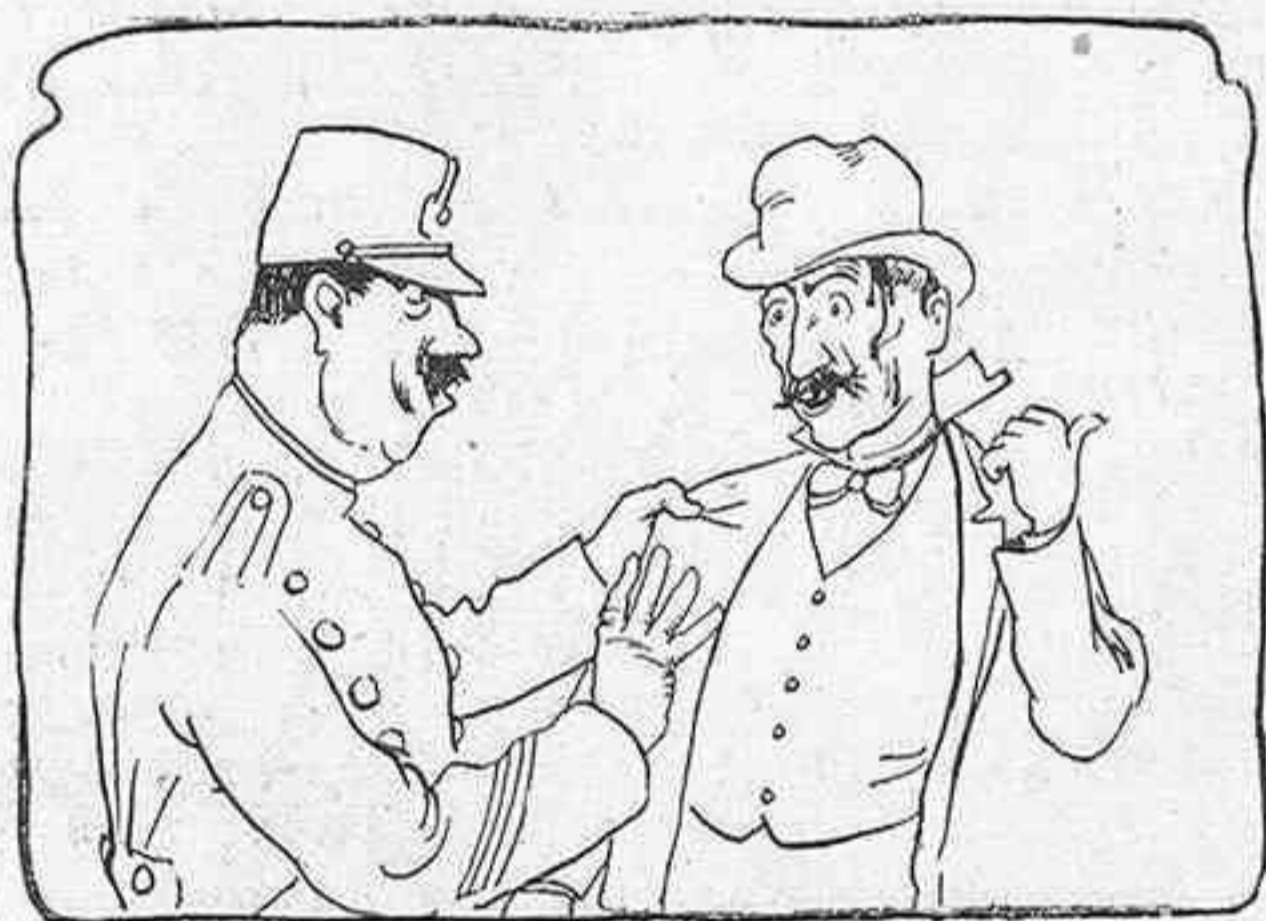
por J. XAUDARÓ.



—¡He tenido un *verdadero sentimiento!*...

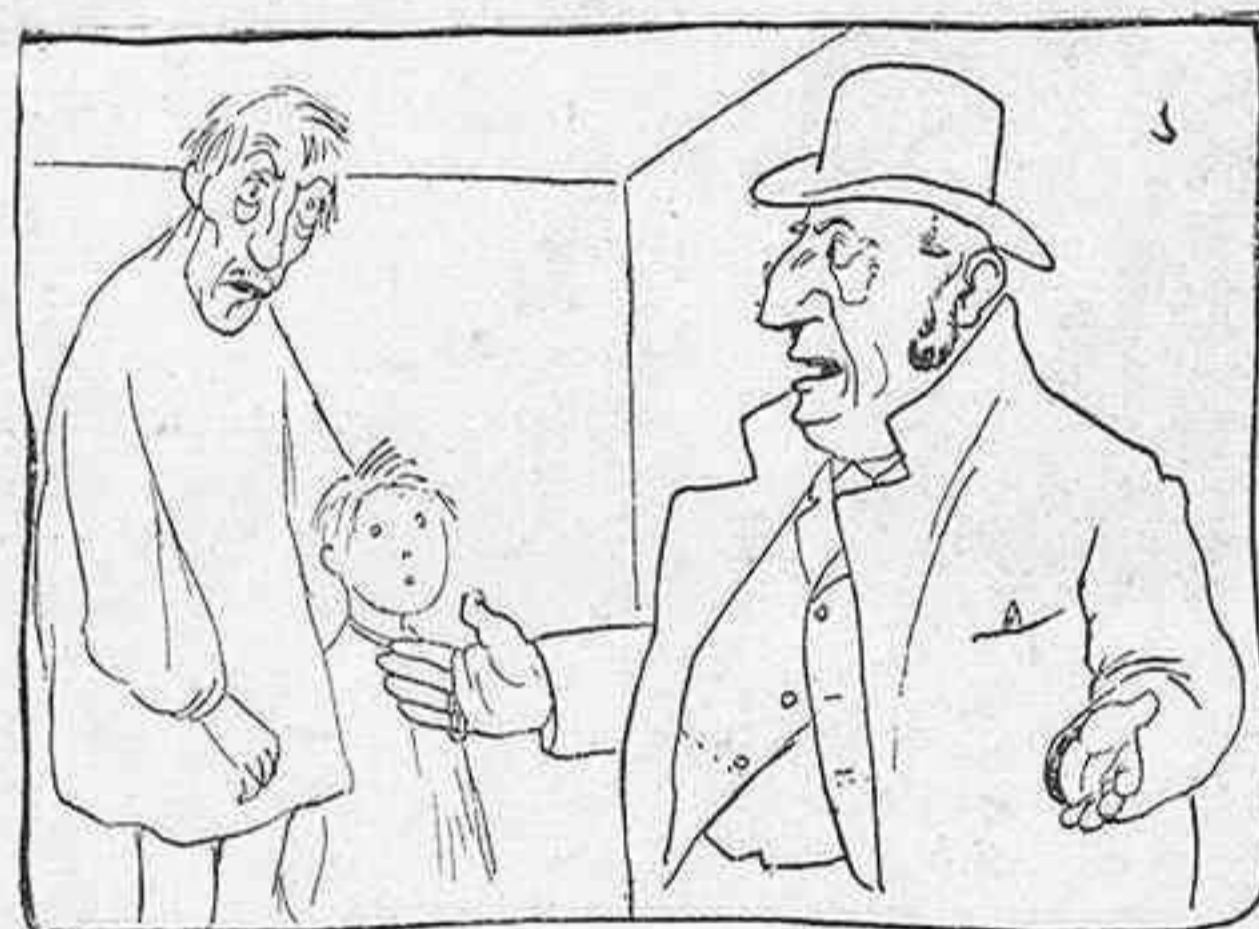


—Chico, *lo siento mucho*, pero no llevo dinero encima... *lo siento!*



—¡Pero si él me ha insultado y me ha pegado además y luego se escapa...

—Lo *siento muchísimo* pero usted va á la delegación conmigo.



—*Mucho lo siento* pero, amigo mío, yo necesito el abono del alquiler ó le pongo á usted en la calle.



—Tengo *el sentimiento* de participarle que con esta fecha queda usted cesante...



—Pero, doctor, si me va á doler de un modo horrible!

—Lo *siento*, pero hay que cortar la pierna inmediatamente.



CARTELES ARTÍSTICOS
E. G. RASSET

PUBLICADO POR LA
CASA EDITORIAL
E. MONNIER & C^{NE}

